

DOMINGO 19 DEL TIEMPO ORDINARIO A



La verdadera fe no nace de los milagros,
sino de creer en la Palabra de Jesús.
La verdadera fe no nace del poder divino de Jesús,
sino de la confianza en su persona y en su Palabra.
Y cuando la fe no brota de ahí
termina siendo una fe muy débil,
que ante las primeras dificultades
se quiebra y nos hundimos
como barco que hace agua.

PRIMERA LECTURA.

Lectura del primer libro de los Reyes 19, 9a. 11-13a.

En aquellos días, cuando Elías llegó al Horeb, el monte de Dios, se metió en una cueva donde pasó la noche. El Señor le dijo: «Sal y ponte de pie en el monte ante el Señor. ¡El Señor va a pasar!»

Vino un huracán tan violento que descuajaba los montes y hacía trizas las peñas delante del Señor; pero el Señor no estaba en el viento. Después del viento, vino un terremoto; pero el Señor no estaba en el terremoto. Después del terremoto, vino un fuego; pero el Señor no estaba en el fuego. Después del fuego, se oyó una brisa tenue; al sentirla, Elías se tapó el rostro con el manto, salió afuera y se puso en pie a la entrada de la cueva.

SALMO RESPONSORIAL. Salmo 84.

Antífona: Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación.

Voy a escuchar lo que dice el Señor:

“Dios anuncia la paz a su pueblo y a sus amigos.”

La salvación está ya cerca de sus fieles,

y la gloria habitará en nuestra tierra.

La misericordia y la fidelidad se encuentran,

la justicia y la paz se besan;

la fidelidad brota de la tierra,

y la justicia mira desde el cielo.

El Señor nos dará la lluvia,

y nuestra tierra dará su fruto.

La justicia marchará ante él,

la salvación seguirá sus pasos.



SEGUNDA LECTURA.

Lectura de la carta del apóstol San Pablo a los Romanos 9, 1-5.

Hermanos:

Digo la verdad en Cristo; mi conciencia, iluminada por el Espíritu Santo, me asegura que no miento. Siento una gran pena y un dolor incesante, en mi corazón, pues por el bien de mis hermanos, los de mi raza según la carne, quisiera incluso ser un proscrito lejos de Cristo.

Ellos descienden de Israel, fueron adoptados como hijos, tienen la presencia de Dios, la alianza, la ley, el culto y las promesas. Suyos son los patriarcas, de quienes, según la carne, nació el Mesías, el que está por encima de todo: Dios bendito por los siglos. Amén.

Lectura del santo Evangelio según San Mateo 14, 22-33.

Después que la gente se hubo saciado, Jesús apremió a sus discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla, mientras él despedía a la gente.

Y, después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar. Llegada la noche, estaba allí solo.

Mientras tanto, la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario. De madrugada se les acercó Jesús, andando sobre el agua.

Los discípulos, viéndole andar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, pensando que era un fantasma.

Jesús les dijo en seguida: «¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!»

Pedro le contestó:

«Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua.»

Él le dijo: «Ven.»

Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua, acercándose a Jesús; pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse

y gritó:

«Señor, sálvame.»

En seguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo:

«¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?»

En cuanto subieron a la barca, amainó el viento.

Los de la barca se postraron ante él, diciendo: «Realmente eres Hijo de Dios.»



APRENDER A CREER DESDE LA DUDA

No es fácil responder con sinceridad a esa pregunta que Jesús hace a Pedro en el momento mismo en que lo salva de las aguas: «¿Por qué has dudado?».

A veces, las más hondas convicciones se nos desvanecen y los ojos del alma se nos turban sin saber exactamente por qué. Principios aceptados hasta entonces como inconmovibles comienzan a tambalearse. Y se despierta en nosotros la tentación de abandonarlo todo sin reconstruir nada nuevo.

Otras veces, el misterio de Dios se nos hace abrumador. La última palabra sobre mi vida se me escapa y es duro abandonarme al misterio: mi razón sigue buscando insatisfecha una luz clara y apodíctica que no encuentra ni podrá jamás encontrar.

No pocas veces la superficialidad y ligereza de nuestra vida cotidiana y el culto secreto a tantos ídolos nos sumergen en largas crisis de indiferencia y escepticismo interior, con la sensación de haber perdido realmente a Dios.

Con frecuencia es nuestro propio pecado el que quebranta nuestra fe, pues esta decae y se debilita cuando nos alejamos de Dios. Si somos sinceros, hemos de confesar que hay una distancia enorme entre el creyente que profesamos ser y el creyente que somos en realidad. ¿Qué hacer al constatar en nosotros una fe a veces tan frágil y vacilante?

Lo primero, no desesperar ni asustarnos al descubrir en nosotros dudas y vacilaciones. La búsqueda de Dios se vive casi siempre en la inseguridad, la oscuridad y el riesgo. A Dios se le busca «a tientas». Y no hemos de olvidar que muchas veces «la fe genuina solo puede aparecer como duda superada» (Ladislao Boros).

Lo importante es aceptar el misterio de Dios con el corazón abierto. Nuestra fe depende de la verdad de nuestra relación con él. Y no hace falta esperar a que nuestros interrogantes y dudas se resuelvan para vivir en verdad ante ese Padre.

Por eso lo importante es saber gritar como Pedro: «Señor, sálvame». Saber levantar hacia Dios nuestras manos vacías, no solo como gesto de súplica, sino también de entrega confiada de alguien que se sabe pequeño, ignorante y necesitado de salvación. No olvidemos que la fe es «caminar sobre agua», pero con la posibilidad de encontrar siempre esa mano que nos salva cuando comenzamos a hundirnos.

José Antonio Pagola

APPRENDRE À CROIRE À PARTIR DU DOUTE

Il n'est pas facile de répondre sincèrement à la question que Jésus pose à Pierre au moment même où il le sauve des eaux: «Pourquoi as-tu douté ?»

Parfois, nos convictions les plus profondes s'évanouissent et les yeux de notre âme s'embrouillent sans que nous sachions exactement pourquoi. Des principes jusque-là acceptés comme immuables commencent à vaciller. Et la tentation de tout abandonner sans rien reconstruire se réveille en nous.

D'autres fois, le mystère de Dieu nous semble insurmontable. Le dernier mot sur ma vie m'échappe et il est difficile de m'abandonner au mystère: ma raison continue de chercher, insatisfaite, une lumière claire et irréfutable qu'elle ne trouve pas et ne pourra jamais trouver.

Il n'est pas rare que la superficialité et la légèreté de notre vie quotidienne et le culte secret de tant d'idoles nous plongent dans de longues crises d'indifférence et de scepticisme intérieur, avec le sentiment d'avoir vraiment perdu Dieu.

C'est souvent notre propre péché qui ébranle notre foi, car celle-ci décroît et s'affaiblit lorsque nous nous éloignons de Dieu. Si nous sommes sincères, nous devons avouer qu'il existe un fossé énorme entre le croyant que nous professons être et le croyant que nous sommes réellement. Que faire lorsque nous constatons en nous une foi parfois si fragile et vacillante?

Tout d'abord, ne désespérons pas et ne nous effrayons pas en découvrant en nous des doutes et des hésitations. La recherche de Dieu se vit presque toujours dans l'insécurité, l'obscurité et le risque. On cherche Dieu «à tâtons». Et nous ne devons pas oublier que souvent «la foi authentique ne peut apparaître que comme un doute surmonté» (Ladislao Boros).

L'important est d'accepter le mystère de Dieu avec un cœur ouvert. Notre foi dépend de la vérité de notre relation avec lui. Et il n'est pas nécessaire d'attendre que nos questions et nos doutes soient résolus pour vivre en vérité devant ce Père.

C'est pourquoi l'important est de savoir crier comme Pierre: «Seigneur, sauve-moi». Savoir lever vers Dieu nos mains vides, non seulement en signe de supplication, mais aussi en signe d'abandon confiant de quelqu'un qui se sait petit, ignorant et ayant besoin de salut. N'oublions pas que la foi, c'est «marcher sur l'eau», mais avec la possibilité de toujours trouver cette main qui nous sauve lorsque nous commençons à couler.

José Antonio Pagola
Traducteur: Carlos Orduna